

Horacio Tarcus, *El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi y Milcíades Peña*, Buenos Aires, Ediciones El Cielo por Asalto, 1997, 447 pp.

Por José Miguel Candia

Michael Löwy, que prologa este libro, señala con toda razón que el texto tiene, entre otras cualidades, la de "... sacar de la noche del olvido una herencia revolucionaria de una increíble riqueza y actualidad (...) La inteligencia crítica del libro proviene también de su inspiración benjaminiana: escribir la historia a contrapelo. Situarse, sin hesitación, desde el punto de vista de los vencidos".

Para la mayoría de nosotros, el estudio de la obra de los pensadores de origen trotskista fue difícil debido al peso de ciertos lugares comunes, una nube de juicios y opiniones que, *a priori*, descalificaban a esta corriente del movimiento socialista: dogmatismo teórico, maximalismo programático, sectarismo político, etcétera. Horacio Tarcus, autor del libro que comentamos, tiene formación de historiador y es profesor de Teoría del Estado y de Historia de Rusia en la Universidad de Buenos Aires. En una investigación que reconoce pocos antecedentes por el tema que aborda y por la profundidad con que se realiza, ha sido capaz de desmontar cada uno de los falsos supuestos a partir de los cuales suele abordarse el análisis de las corrientes trotskistas del marxismo.

En cinco capítulos y con un magnífico sustento documental Tarcus presenta la obra de dos de los más importantes pensadores del trotskismo latinoamericano.

Silvio Frondizi y Milcíades Peña –los actores de esta historia– mantienen entre sí fuertes afinidades teóricas, pero son personajes de mundos distintos. Como describe el autor, Frondizi pertenecía a un clan familiar de enorme reconocimiento en el medio político e intelectual argentino. Poseía una amplia formación universitaria y siempre hizo gala, en la militancia política o en sus labores académicas, de una fuerte exaltación de su figura. Milcíades Peña, por el contrario, era hijo de una familia desintegrada. Había nacido en la ciudad de La Plata y fue criado por unos tíos mayores de edad que asumieron la tutela del niño cuando su madre fue internada en un hospital psiquiátrico. El perfil político de Peña se ajustó más a la figura del militante revolucionario, de formación autodidacta, que lleva a cabo una práctica política más despersonalizada y que

decidió, en muchos casos, esconder su verdadera identidad detrás del laberinto que se dibujaba en un interminable tablero de seudónimos.

Pero no son las diferencias de personalidad o de orden social las que le preocupan al autor. Frondizi y Peña tienen un rasgo común que marca la trayectoria política de ambos pensadores y que explica en buena medida su doloroso final. La vida de estos dos teóricos está signada por una visión trágica de la historia y de la sociedad. Este vínculo, más profundo que una simple identificación política, los separa radicalmente del resto de los intelectuales de izquierda. De algún modo fueron el paradigma de los pensadores "sin partido".

Silvio Frondizi creó, a fines de los cincuenta, su propia agrupación política, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR-Praxis), que él mismo terminaría por disolver después de una larga gira por Europa y Cuba —donde conoció y trató de manera cercana al Che Guevara— como resultado de los cambios que se iban imponiendo en la política latinoamericana a principios de los sesenta.

Milciades Peña, por su parte, sostuvo una relación turbulenta con *Palabra Obrera*, una de las principales agrupaciones trotskistas de su época, que dirigía Nahuel Moreno y que más tarde se transformaría en el Partido Revolucionario de los Trabajadores. En 1964 decidió expresar sus ideas sin condicionamientos partidarios y sin tener que abonar con sus propuestas ninguna línea oficial. La revista *Fichas*, de la que llegó a editar personalmente diez números entre abril de 1964 y finales de 1965, fue el instrumento que le permitió exponer de manera más acabada toda una concepción del desarrollo del capitalismo argentino y de las luchas sociales en América Latina.

Frondizi y Peña centraron su crítica en las concepciones más arraigadas del pensamiento marxista oficial (prosoviético) y en las diversas manifestaciones teóricas del populismo latinoamericano, en particular del peronismo.

Los ejes sobre los cuales centraron el debate fueron los siguientes: a) el proceso de industrialización era más el resultado de una política mediante la cual las viejas oligarquías afrontaron algunas coyunturas internacionales excepcionales que la obra de una clase burguesa nacional; b) los populismos eran la expresión de movimientos policlasistas cuyo soporte político estaba constituido por la cooptación de los sectores populares y no por el desarrollo de una política antimperialista; c) la clase obrera debía romper con el espejismo que generan las doctrinas reformistas y con el engaño que representan las dirigencias políticas y gremiales de orientación populista; d) Argentina, al igual que el resto de los países capitalistas de la región, con un desarrollo económico equivalente, había vivido un proceso de pseudoindustrialización, el verdadero crecimiento de una industria propia sería obra de un gobierno revolucionario, y e) las tareas democráticas y de liberación nacional sólo se cumplirían plenamente con el triunfo de la clase obrera.

Los temas que aquí se mencionan –y otros que se derivaban casi naturalmente de ellos– dieron lugar a un debate por demás virulento con el resto de las corrientes de izquierda. Mientras Silvio Frondizi pudo mantener cierta actividad académica en las Universidades de Buenos Aires y La Plata logró que parte de su obra se discutiera en el ámbito de la docencia y de la investigación. El marxismo de Peña, en cambio, jamás logró entrar al recinto universitario, ni siquiera cuando a través de la revista *Fichas* dedicó, en 1965, un número especial a refutar la sociología de la modernización de Gino Germani que dominaba en esos años la impartición de esta disciplina en buena parte de las universidades latinoamericanas.

El final de estos dos pensadores fue como una especie de reencuentro trágico a través del cual suelen reconocerse quienes transitaron por caminos no institucionales. El carácter de *outsider* que domina la vida de ambos parece haber determinado también su drama personal. Milcíades Peña se suicida el 29 de diciembre de 1965, a los 32 años de edad, cuando era más intensa su actividad intelectual y también más pronunciado su aislamiento político. Silvio Frondizi dedicó los últimos años de su vida a la defensa de los presos políticos y aceptó ser un destacado camarada de ruta de la organización guerrillera “Ejército Revolucionario del Pueblo” (ERP) hasta que fue asesinado por un comando paramilitar a fines de septiembre de 1974.

Como dice Michael Löwy, el saldo más importante de esta oportuna reivindicación de la inteligencia crítica es que “Gracias al libro de Tarcus, ya no será posible seguir ignorando el aporte de Silvio Frondizi y Milcíades Peña a la elaboración de un marxismo latinoamericano crítico, abierto, humanista y revolucionario”.